

# Del Antiguo al Nuevo Régimen\*

Esta edición de la Academia de la Historia de Venezuela nos brinda la oportunidad de disponer en un solo volumen de una docena de artículos de Alberto Gil Novales publicados entre 1977 y 1985. Textos diversos y dispersos, y en general poco accesibles, estos trabajos constituyen una valiosa fuente de reflexión y de documentación sobre el tema que da título a la obra.

En el bloque de los artículos de carácter teórico se encuentran los titulados «Del Antiguo al Nuevo Régimen en España» —que abre el fuego—, «Ilustración y liberalismo en España», «El problema de la revolución en el liberalismo español (1808-1868)» y «Las contradicciones de la revolución burguesa española», que cierra el libro y sirve de conclusión. Varios e importantes son los problemas históricos que se ventilan en estos artículos: cómo y cuándo triunfa la revolución burguesa en España, cuál es el papel de la Ilustración en el tránsito a la sociedad burguesa, cuál la combinación de fuerzas sociales y políticas que hace posible el cambio al nuevo orden social.

Lejanos ya los tiempos en que se veía en el reformismo dieciochesco una auténtica revolución burguesa, Gil Novales entiende que la Ilustración española fue un fenómeno vinculado a los estamentos dirigentes del Antiguo Régimen —aristócratas, eclesiásticos, funcionarios—, que estimularon una puesta al día del sistema mediante una aplicación *controlada* del programa ilustrado. De ahí que los grupos dominantes actuaran a la vez como acicate y freno de la modernización del país. Había ansia de reformas, pero también un miedo extraordinario a llevarlas demasiado lejos. Arduo problema, porque, con todas sus limitaciones, la Ilustración iba a generar expectativas de cambio no deseadas por el poder. Cree Gil Novales que ese difícil equilibrio entre el espíritu de reforma y el temor a sus consecuencias últimas se rompe muy pronto a favor de lo segundo, y que ya en 1776, con la detención de Olavide, se pone de manifiesto la facilidad con que el poder recurre a la represión en casos considerados extremos. Este hecho anticipa, a su juicio, uno de los rasgos distintivos de la revolución burguesa en España: la persecución de aquellos comportamientos que supongan una concepción excesivamente democrática del cambio social. En todo caso, ese período excepcional que es la Guerra de la Independencia va a permitir que la Ilustración rompa el techo marcado en años anteriores por las estructuras del Antiguo Régimen. La revolución liberal, dice Gil Novales, completa la obra de la Ilustración, aunque hereda también algunas de sus carencias. Y una de ellas es la renuncia de la burguesía española a asumir un papel protagonista en *su* revolución. Ya Gonzalo Anes señaló la escasa representación de la

\* Alberto Gil Novales, *Del Antiguo al Nuevo Régimen en España*, Biblioteca de la Academia Nacional de la Historia, Estudios, monografías y ensayos, Caracas, 1986, 312 pp.

burguesía entre los socios de las sociedades económicas, junto a la inexistencia de corporaciones de esta naturaleza en ciudades de fuerte actividad comercial. El fenómeno se repite en las Sociedades Patrióticas, institución fundamental en la difusión del liberalismo durante el Trienio. Según una estadística provisional elaborada por Gil Novales, sólo un 1,66 % de los miembros de las sociedades patrióticas pueden propiamente considerarse representantes de una moderna burguesía, frente a un 22,9 % de militares, un 8,5 % de empleados, un 7,45 % de elementos de las clases medias y un 7 % de eclesiásticos. Son, pues, otros grupos sociales los que tiran del carro de la revolución, mientras una burguesía débil y acobardada por el fantasma del jacobinismo opta por pactar con la aristocracia y la corona la liquidación del Antiguo Régimen. El precio político de la operación sería el sacrificio de gran parte del programa democrático de la revolución liberal. «La burguesía española —concluye el autor— perdió su hora, no acudió a la cita histórica y, en consecuencia, emprendió un camino más largo, congraciándose en el absolutismo, el moderantismo, la monarquía y todos los despotismos de los siglos XIX y XX.»

Otros capítulos del libro ilustran algunos aspectos de este proceso tanto en la lucha política como en la actividad cultural y en la evolución de las mentalidades. El papel del pensamiento y de la ciencia en el cambio social se analiza en el artículo titulado «Ilustración y materialismo en España: *Las Cartas a Leocadia*, de José Joaquín de Claravosa», en el referente al concepto de Academia de Ciencias en la España dieciochesca —y envés de los anteriores— en el que se dedica a documentar la influencia que las *Reflexiones sobre la Revolución francesa* de Burke ejercieron en nuestro país. Tal vez en el artículo sobre las Academias podía haberse tenido en cuenta la frustrada iniciativa del gobierno de José I de crear una gran Academia Nacional, formada por especialistas en las más diversas áreas del conocimiento, y que debía colmar la aspiración dieciochesca de una sola corporación que comprendiera todos los saberes humanos. Frente a los avatares de la alta cultura, el estudio sobre la imagen de Napoleón en España hasta mediados del siglo XIX muestra la evolución de la sensibilidad nacional —al menos de los sectores letrados de la sociedad— ante la figura del Emperador. Idéntica aproximación a la conciencia histórica del país encontramos en el trabajo sobre el impacto de la emancipación americana en las elites españolas durante el Trienio.

En el capítulo titulado «Revolución francesa y liberalismo español» quedan patentes las reservas con que nuestros liberales acogieron las enseñanzas políticas de la Revolución, principalmente de su etapa jacobina. Sobre la posibilidad de que existiera o no jacobinismo en España medita el autor en diversos pasajes de la obra. A falta de una madura reflexión historiográfica, la cuestión tiene que quedar abierta, si bien algunos autores han puesto ya de manifiesto los inconvenientes de convertir al liberalismo exaltado en una suerte de jacobinismo a la española. El propio Gil Novales vuelve a recordar aquí un gráfico comentario de Antonio Puigblanch en sus *Opúsculos gramático-satíricos*: la especie jacobina era tan común en España como podía serlo el mamut o el elefante.

Completan el libro sendos apartados sobre dos episodios revolucionarios: las intentonas liberales que se desencadenan entre 1830 y la muerte de Fernando VII, y el movimiento juntero en Andalucía en 1835, fenómeno este que lleva a Gil Novales a califi-

car muy negativamente el papel que las juntas tuvieron, desde 1808, en la historia de la revolución española.

Estos doce artículos amplían y enriquecen anteriores investigaciones de su autor, y le acreditan una vez más como uno de los mejores conocedores de la época. Son páginas llenas de fina erudición, inteligencia y buen gusto. Un modelo de cómo pensar y escribir la historia.

**Juan Francisco Fuentes**

## El negociado de la psique

No debe llamar la atención que el espiritualismo tradicional, por designarlo de alguna manera, clame contra lo que entiende por burdas concepciones materialistas y considere en su vía religiosa y teologal que el cuerpo no es más que una cloaca perecedera indigna por sí sola de ni tan siquiera concebir la complejidad. Está en su derecho.

Este espiritualismo procede de la intuición, de la necesidad trascendente, de la esperanza gratificadora y de una trama ilusoria que lo somete todo a los valores eternos de un finalismo excelso e inmutable. Saltó, por decirlo así, de la ignorancia de la caverna a la infinitud de la revelación. Discurrió de las supersticiones y el amasijo costumbrista institucionalizado a la personalización de la divinidad protectora, a sentirse amado bajo la mirada de una presunta conciencia cósmica.

Luego se gestó otro espécimen, el de la razón, en su vertiente filosófica, experimental, científica, que lanzó al hombre —si bien necia y maravillosamente enorgullecido y al mismo tiempo destronado como rey de la creación por las constataciones de Galileo, Bacon, Darwin, Freud, Marx, Nietzsche— a vagar enfermo de soledad por los espacios vacíos, armado, eso sí, de eficiencia técnica, y aquello que tenía por base el misterio y la invocación gratuita de potencias superiores y mágicas dispensadoras de consuelo y remedos explicativos de la existencia humana llegó a degradarse en una noción del mundo sólo inefable e insuficiente, reñida con la crueldad fría de la «lógica» e incluso simplificadora de la verdadera grandeza latente en la orfandad.

De religión cristiana, cartesiano, colaborador de Popper, es preciso detenerse en el neurólogo sir John C. Eccles como representativo de una nueva aventura del pensamiento en el ansia de reivindicar las propiedades tradicionales del alma sin renunciar